

Secretaría de Relaciones Exteriores, *Escritores en la diplomacia mexicana*, tomo III, México, SRE, 2003, 379 pp.*

“Lo que él comenzó con la espada, lo acabaré con la pluma”, escribió Balzac al pie de la estatua de Bonaparte. Y esta frase célebre, que se convirtió en la divisa del gran escritor realista francés, no revela más que la importancia política y social que se dio a la literatura en el siglo XIX. Ahí donde las armas terminaban su tarea, la literatura iniciaba su misión conquistadora. Y no fue la frase de Balzac en particular —que perdió sentido después de la derrota de Napoleón—, sino el valor dado a la literatura como agente de la civilización y de la diplomacia, lo que marcó todo el siglo XIX en Occidente.

Sin embargo, no fue ésta una invención del romanticismo. La literatura es tan grande que no cabe en un solo período histórico, ni, como decía Ernst Curtius, es susceptible de ser encajonada en determinadas fronteras. El estatuto político de la literatura se remonta, cuando menos, a la época del emperador Octavio, cuando entendió visionariamente que el destino universal de Roma no podía fundarse más en nuevas conquistas militares, sino en el imperio del Derecho. Horacio, Tito Livio y Virgilio fueron los agentes literarios a quienes Octavio encomendó este cambio político fundamental para el Imperio y para la Humanidad. Desde entonces la literatura ha sido portadora de los valores esenciales que denominamos humanismo.

*Una primera versión de este texto fue leída en la presentación del tercer tomo de *Escritores en la diplomacia mexicana*, que tuvo lugar en el auditorio Jesús Terán del Acervo Histórico Diplomático, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el 18 de marzo de 2003.

El amor por la literatura ha sido, en todas las épocas y en todos los lugares, garantía del respeto por la vida y una forma de aprender a ponerse, también, en el lugar del otro. Ese amor por la literatura lo tuvo aquel gran emperador Augusto, que hizo del derecho romano la mejor herencia de su enorme imperio.

Por todo ello, me parece oportuno y loable que la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), fiel a su gran tradición y a sus irrenunciables principios, lance el tomo III de la serie *Escritores en la diplomacia mexicana*, tan bellamente editado como los dos anteriores. Comprende este volumen a diez de nuestros más representativos escritores decimonónicos, quienes de una u otra manera participaron en el lento y complejo proceso de construcción de las relaciones internacionales del país. Se resalta así la contribución de las letras nacionales a la consolidación del México independiente.

No es gratuito que desde los primeros años de vida independiente y hasta bien entrado el siglo XX los sucesivos gobiernos hubiesen reclutado a algunos de los más distinguidos escritores para que representasen al país en puestos estratégicos o, incluso, para que se encargaran del despacho de las relaciones exteriores. En Europa, desde el periodo ilustrado, los altos cargos diplomáticos, que tradicionalmente se reservaban a la aristocracia, comenzaron a ser ocupados por letrados, por hombres cultos de ideología reformista y, en muy buena medida, por escritores de prestigio, capaces de proyectar la imagen de sus respectivos países como naciones cultas y civilizadas.

La literatura era considerada como emanación de la cultura y del espíritu nacional. Un país con un alto rango de civilización debía contar con una literatura fuerte, original, propia, que fuese muestra del carácter, de la cultura, de la riqueza espiritual y de las aptitudes intelectuales de su pueblo. Una nación con una gran literatura era respetada en la sociedad de las naciones, como lo era Francia y como, después, lo sería Alemania.

Y esa función de la literatura, capaz de dar a un país mayor respetabilidad y prestigio que el solo poder de sus ejércitos, fue una de las mejores tradiciones que recibió el siglo XIX de la cultura clásica.

En el momento en que las colonias europeas de América hicieron su independencia, esa convicción jugó un papel histórico importante, desde Estados Unidos hasta el Cono Sur. Desde Ralph Waldo Emerson, en el norte, hasta Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi y Esteban Echeverría en el sur, todos nuestros hombres de letras, liberales o conservadores, todos, proclamaron la necesidad de consolidar la autonomía literaria a la par de la independencia política.

Un hombre nacido aún en el Siglo de las Luces, como cuatro de los que este libro incluye, Tadeo Ortiz de Ayala, representante de México en Burdeos, publicó ahí, en 1832, una obra con el título *México considerado como nación independiente y libre*. Incluyó en su libro una reseña histórica de la literatura y de las artes en México, con el fin —dijo— de “mostrar a los extranjeros, que con supina ignorancia exageran nuestros defectos”, que el país cuenta con una literatura digna de las naciones civilizadas. Ya unos años antes, en 1826, el poeta cubano-mexicano José María de Heredia preparaba una antología de poetas mexicanos para mostrar al exterior, también, que México contaba con una literatura digna. Es verdad que desde la época colonial nuestros sabios se vieron en la necesidad de escribir repertorios bibliográficos en respuesta a los extranjeros que menospreciaban nuestra tierra, como lo hizo Eguiara y Eguren en su famosa *Bibliotheca mexicana*. Pero en el siglo XIX, en general, los escritores mexicanos asumieron esta misión, que podría llamarse “la misión diplomática de la literatura mexicana”, ya que innumerables antologías, reseñas, artículos, historias, repertorios, se escribieron con el mismo patriótico objetivo.

Y si en la primera mitad del siglo nuestros escritores se atrincheraban para consolidar la Independencia, blandiendo ya la pluma, ya la espada, como el famoso soldado poeta de Calderón de la Barca:

Aunque inclinado a las letras,
militares escuadrones
seguí; que en mí se admiraron
espada y pluma conformes,

en la segunda mitad, cuando el país se abría con mayor urgencia a la vida internacional, sólo con la pluma peleaban, y fue cuando mayores servicios hicieron a la diplomacia del país y, al mismo tiempo, a la literatura, pues fue entonces, quizás, cuando mayormente se dio la convergencia entre las letras y la diplomacia, ya que tanto el país necesitaba afirmar su presencia en el exterior cuanto la literatura estaba urgida de dejarse permear por los vientos renovadores de otras grandes literaturas, como lo explicaba Manuel Gutiérrez Nájera en una prosa célebre, proponiendo, a la manera darwiniana, un “cruzamiento” en literatura.

Para la literatura mexicana su relación con la diplomacia fue, también, de enorme beneficio. Los escritores tuvieron la oportunidad de entrar en contacto directo con otras culturas, con otras literaturas, con otros escritores, de Oriente y Occidente. Nuestra literatura se abrió y modernizó. Y algunas de sus obras más importantes sus autores las escribieron en el exterior; obras, quizás, paradójicamente más representativas de la realidad social mexicana, como *Los bandidos de Río Frío*, de Payno, o los *Cuentos del general*, de Riva Palacio. Gracias incluso a su efímera misión en Bogotá y Caracas, José Juan Tablada escribió los dos libros más notables de la poesía de vanguardia mexicana. Y muchos otros casos podrían mencio-

narse de obras literarias importantes que surgieron o germinaron en esa vivencia espiritual, personal y estética que tuvieron los escritores mexicanos en otras lejanas latitudes.

En este sentido, podría pensarse en un cambio profundo de perspectiva que se dio a mediados de siglo, y que contribuyó a forjar una cultura más plena y vigorosa del país. Este movimiento está claramente representado por los escritores incluidos en este volumen. De ellos, los cuatro primeros (Manuel Eduardo de Gorostiza, Lucas Alamán, José María Luis Mora y Luis G. Cuevas) nacieron en las postrimerías del siglo XVIII; los dos de en medio (Manuel Payno y José María Lafragua), en el período de la lucha por la Independencia, y los cuatro restantes (José Tomás de Cuéllar, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano y Victoriano Salado Álvarez), en el México independiente.

El grupo representa, cabalmente, todo el siglo XIX. El primero, Gorostiza, y el último, Salado Álvarez, representan la transición; el primero, de la cultura de la Ilustración a los albores del romanticismo; el último, del romanticismo al modernismo del siglo XX. Los primeros cuatro son los fundadores; en ellos encarnó el debate ilustrado que permeó gran parte de nuestro siglo XIX. Visualizaron introspectivamente el modelo de país deseable conforme a las encontradas doctrinas entonces en boga. Los cuatro últimos vivieron la experiencia del país después de la invasión de 1847. Tomaron plena conciencia de la imperiosa necesidad de abrirse al mundo y de diseñar nuestro destino en la cada vez más compleja realidad internacional. Lafragua y Payno, pero sobre todo el segundo, resumen en su obra la totalidad del siglo.

La segunda mitad del siglo XIX, con sus tremendos cambios, enseñó a nuestros escritores a ver el país con realismo. No era ya aquella imagen de la cornucopia que nos auguraba un porvenir feliz, sino la de un país que debía hacer un enorme es-

fuerzo por resolver sus ancestrales problemas, para modernizarse, para ganarse un lugar en la sociedad de las naciones. La literatura, pensaron, debería contribuir a esa enorme empresa. Y se dedicaron a la tarea, sin afán de poder, con prístina honestidad y patriotismo, con absoluta buena fe, con heroísmo, sufriendo con frecuencia penalidades económicas, con sueldos modestísimos, que solían llegar con retraso, y que no alcanzaban, a veces, ni para comprar el traje diplomático. Ese carácter austero, epicúreo, que distingue a las mejores obras de la historia, es quizás la mayor lección que transpira este bello libro. Eso es lo que sí deberíamos imitar de los diplomáticos, escritores o no, que forjaron los principios humanitarios de nuestra política exterior.

Jorge Ruedas de la Serna